

Ahora vemos, por detrás y desde lejos, toda aquella fila que sube entre las estrechas paredes de musgos; todo aquel sendero lleno de cofias de alas inmensas y de golas blancas.

Se aleja, se aleja todo lentamente, formando zig-zags, y siempre subiendo hacia San Eloy de Toulven. ¡Es muy peregrina esta *cola* de procesión!

—¡Oh! ¡Cuántas cofias! dice Ana, que ha sido la primera en concluir su rosario y que suelta la risa sin disimular el efecto que la producen todas aquellas cabezas blancas, aumentadas por los tubos de muselina.

Todo ha concluído, perdiéndose en las lejanías de la bóveda de hayas; ya no se ve otra cosa que el mullido verde del camino y las florecillas que brotan por todas partes; vegetaciones prematuras que no han tenido el tiempo de ver el sol y que se reúnen sobre el césped en grandes y compactas ramas de un amarillo pálido de azufre, con tintes lechosos de ambar. Los bretones llaman á estas *primaveras, flores de leche*.

Tomo á Periquillo de la mano y lo llevo al bosque, para dejar á Ives solo con sus suegros. Tienen, á lo que parece, negocios muy graves que discutir; siempre estos asuntos de interés y

de particiones que en el campo forman parte muy importante de la vida.

En este caso se trata de un sueño que han forjado, ó han tenido, Ives y su mujer: reunir todo *su activo* y labrar una casita *cubierta de pizarra* en Toulven. En esta casita había de destinármese un cuarto, para mí; mi cuarto: pensaban poner allí antigüedades de Bretaña, que son de mi agrado, y flores y plantas que me gustan. No quieren, en modo alguno, permanecer en grandes poblaciones, y menos que en ninguna en Brest: *es demasiado malo para Ives*.

—Es verdad, dice Ives, que no podré habitar muy á menudo en mi casa; pero cuando pueda venir seremos muy felices. Además, ya comprende usted que esto es para más adelante; para cuando yo me retire: estaré admirablemente en mi casa, con mi jardinito.

¡*El retiro!*... ¡Siempre el mismo sueño que los marineros forjan desde su juventud, como si la vida presente sólo fuese un tiempo de prueba! Retirarse hacia los cuarenta años, después de haber andado las siete partidas; poseer en propiedad un rincón de tierra y vivir en él muy juiciosamente, sin salir de allí nunca; ser *algo* en su concejo, en su parroquia, mayordomo después

de haber sido hombre de mar; diablo viejo medido á ermitaño... ¡Cuántos de éstos han sucumbido antes de llegar á esa hora apacible de la edad madura! Y sin embargo, pregúntese á cualquiera: todos piensan en eso.

La *manera segura* que Ives había discurrido para ser juicioso, le había dado excelente resultado; á bordo era el marinero ejemplar de siempre; en tierra no nos separábamos nunca.

Desde aquella jornada, que comenzó con el año 81, nuestras mutuas relaciones habían cambiado por completo: ahora nos tratábamos enteramente lo mismo que hermanos.

En *La Sèvre*, un buque pequeño en que vivíamos, existía entre los oficiales una intimidad cordialísima; Ives estaba ahora entre nosotros. En el teatro, en la fonda, en nuestras excursiones y en nuestras empresas, cualesquiera que fuesen, contábamos con Ives. Él mismo, intimidado al principio, excusándose, evitándolo, había concluido por *dejar hacer*, porque comprendía que le queríamos todos. Yo confiaba en este nuevo procedimiento, tal vez algo extraño; intentaba acercarle á mí lo más posible, hacerle elevarse sobre su condición y alejarle de sus amigos de otros tiempos.

Esto, que hemos convenido en denominar educación, esta especie de barniz aplicado, por otra parte, muy groseramente sobre muchos otros, faltaba por completo á mi hermano Ives; pero tenía un tacto natural, una delicadeza instintiva muy poco comunes, y que no se enseñan. Cuando se hallaba entre nosotros, sabía mantenerse en su lugar siempre, y tan bien, que él mismo principiaba á encontrarse desembarazado y á gusto. Hablaba muy poco, y nunca para decir esas cosas insustanciales que todos hemos dicho alguna vez. Hasta cuando dejaba su traje de marinero para vestirse de gris oscuro, con guantes de Suecia, aunque conservaba siempre su desenvoltura de pícaro, su cabeza, algo echada atrás y su piel bronceada, adquiría ciertos aires de gran señor.

Divertíanos mucho llevarle con nosotros y presentarle á buenas y honradas gentes, á las que el silencio de Ives y su aspecto imponían y les parecía desdeñoso. Y era curioso verle otra vez convertido en marinero y tan buen gaviero como siempre.

Estábamos, pues, Periquillo y yo en el bosque de Toulven buscando y cogiendo flores, mientras duraba el consejo de familia.

Encontrábamos muchas: belloritas de color

amarillo pálido; violadas clemátides, borrazas azules y rojas margaritas; las primeras de la estación.

Periquillo, muy agitado, agarraba cuantas podía, sin saber á dónde acudir, y respirando fuerte, como abrumado por un quehacer muy importante; llevábamelas amontonadas, mal cogidas todas, medio aplastadas entre sus dedos, y con los rabos demasiado cortos.

Desde la altura en que estábamos se descubría bosque hasta donde alcanzaba la vista; los negros espinos ya estaban en flor; todas las ramas, todos los tallos rojizos aparecían llenos de botones, y esperaban la primavera. Allá, muy lejos, la iglesia de Toulven elevaba en medio de aquel paisaje de árboles sus agujas grises.

Tanto tiempo habíamos permanecido en paseo, que habían enviado á Corentina como vigía al sendero verde para que diese aviso de nuestra vuelta. La veíamos desde lejos saltar, brincar y hacer mil diabluras, con su gran cofia y su gola, juguetes del viento; Corentina gritaba: «¡Cátalos que llegan, el Pedro grande y el Pedro pequeño, dándose los dos las manos!» En seguida se puso á improvisar una canción, y repitió eso mismo, cantando un aire muy animado de Bretaña y

bailando al compás de la música. Con su gran cofia y con su gorguera, que flotaban, parecía una muñeca acometida de locura. Adelantaba la noche, noche de Marzo, siempre triste bajo la bóveda de follaje formada por los árboles seculares.

Un vienteillo frío se había levantado de pronto y recorría el bosque como un estremecimiento de muerte, después del sol templado del día. Corentina seguía su improvisada canción y continuaba su baile:

Cátalos que llegan,
dándose las manos,
Pedro grande y chico.

—
Dándose las manos
Pedro grande y chico,
chico... *Bugel-du!*

Bugel-du (el hombrecito negro) era el apodo que Ives había llevado de niño, y Corentina lo daba á su primo Perico, aludiendo al color bronceado de los Kermadec. Entonces llamé á Corentina: *Moisel vienn Pen-melen* (señorita de la cabeza amarilla), y le quedó este apodo, que le cuadraba bien, pues sus cabellos, que le salían siempre de la cofia, parecían hebras de seda de color de oro.

Todos parecían contentos en la cabaña; Ives me llevó aparte para decirme que las cosas se habían arreglado sin dificultad. El suegro les daba dos mil francos, y una tía les prestaba otros mil. Con estos tres mil francos podían comprar terreno á plazos y principiar la edificación en seguida.

Después de comer, fué necesario tomar á toda prisa el coche de Toulven y el tren de Bannalec. Ives y yo volvíamos á embarcarnos y *La Sèvre* nos esperaba en el puerto.

A cosa de las once, cuando entramos en el alojamiento interino que habíamos alquilado en la ciudad, Ives arregló en vasos llenos de agua, nuestras flores del bosque de Toulven.

Por la primera vez en su vida desempeñaba tal trabajo; admirábase él mismo de encontrar lindas áquellas pobres florecillas, en las cuales hasta entonces no había fijado su atención.

—Nada, nada, decía el buen Ives; cuando tenga yo mi casita pondré flores en ella, porque *hace bonito*. Usted, usted es quien me ha dado idea de estas cosas...

LXIX

En el mar, al día siguiente, 1.º de Abril.—Rumbo hacia Saint-Nazaire.—A toda vela; brisa ruda del Noroeste; no se ven los fuegos de la playa. Entramos en el puerto al amanecer, rota la serviola, quebrado el mastelero.

El 2 es día de paga. Hombres ebrios caen por la noche en la cala y se rompen la crisma.

Nos conceden dos días de licencia cuando menos la esperábamos.

Ives y yo nos ponemos en camino para Tremulé, en Toulven. *La Sèvre* es una buena embarcación, que no nos aleja nunca por mucho tiempo.

A las diez de la noche, á la luz de la luna, llamamos á la puerta de los Keremenen y de María; que no nos esperan.

Se levanta á Periquillo á fin de que honre la visita, y se le coloca sobre nuestras rodillas. Muy sorprendido en su primer sueño, nos da los bue-

nos días en voz baja y no vuelve á hacer caso de nosotros. Ciérranse sus ojos á pesar suyo, y su cabecita se cae á un lado y á otro.

Ives, muy inquieto al verle bajar la cabeza y mirar hacia abajo, con los cabellos sobre los ojos, dice:

—Me parece que tiene un aire... un aire... tristán, taciturno.

Y me mira con ansiedad para adivinar lo que pienso, concibiendo temores de algo grave.

Nadie como mi pobre Ives para concebir esos temores ridículos. Hago saltar sobre mis rodillas á Periquillo, que entonces se despierta del todo, y principia á reir, abriendo mucho sus ojazos, que brillan á través de sus largas pestañas. Ives entonces se tranquiliza y reconoce que, en efecto, el aire de su hijo no es del todò triste, ni muy taciturno.

Cuando su madre le desnuda, parece una estatua griega del Amor.

LXX

Toulven 30 de Abril.

Esto sucede en la choza de Keremenen, á la caída de la tarde, una tarde Abril.

Somos casi una tribu que volvemos de paseo: Ives, María, Ana, Corentinita *Pen-melen* (cabeza amarilla); Periquillo, *Bugel-du* (hombrecito negro) y yo.

En la cabaña hay encendidas cuatro teas (*Tres* serían *la boda del gato*, y es de *mal agüero*).

Encima de la antigua mesa de encina maciza, pulimentada por los años, se ha-preparado papel, plumas y arena. Alrededor hay colocados bancos. Cosas muy solemnes van á ocurrir.

Depositamos nuestra colecta de hierba y de flores que llevan á la cabaña negra aromas de Abril, y en seguida tomamos asiento.

Aún entran dos ancianas, muy graves; saludan haciendo una reverencia, merced á la cual se levantan sus grandes golas, y toman asiento en la esquina del banco. Llega después Pedro Kerbrás,

el novio de Ana. En fin, todos estamos colocados; la cabaña está completamente llena.

Es la noche solemne consagrada á los arreglos de familia; noche en la cual los Keremenen, padres, van á realizar la promesa hecha á sus hijos. Ambos Keremenen se levantan para abrir un baúl antiguo, cuyas esculturas representan *Sagrados Corazones*, alternando con gallos de la Pasión; remueven papeles, agitan ropa y después, de lo más hondo del cofre, sacan un taleguillo lleno de algó que parece bástante pesado. En seguida van á su cama y mueven la paja del jergón y sacan de debajo: ¡un segundo taleguillo!

Los suegros vacían sobre la mesa, delante de su yerno, los dos sacos, y aparecen entonces todas aquellas monedas de oro y de plata, acuñadas con antiguos bustos que durante medio siglo han sido reunidas una á una y dormían. Se procede á contarlas por pequeñas cantidades: son los dos mil francos prometidos.

Llega el turno á la tía, que se levanta y viene á vaciar el tercer saco: mil francos más, en oro.

La vecina se levanta la última; lleva quinientos francos más metidos en el pie de una calceta. Todo esto es para prestarlo á Ives; todo se apila delante de él. Ives firma dos simples recibos en

papel común, y los entrega á las prestamistas, que saludan para salir, y á quienes, como la costumbre dispone, se obliga á permanecer para que beban con nosotros una copa de sidra.

Se acabó. Todo se ha hecho sin notario, sin escritura, sin acta, sin discusión; con una confianza y una buena fe características en Toulven.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! á la puerta. Es el maestro de obras, que llega muy oportunamente. Con este ya es preciso emplear papel sellado; es un pícaro de Quimper, entrado en años, que solamente mascula á medias el francés, pero que me parece algo solapado, á pesar de sus modales de hombre de la ciudad.

Estoy encargado de hacerle comprender un plano de casa que Ives y yo hemos ideado en nuestras veladas á bordo; plano en el cual figura *mi cuarto*. Discuto la elaboración de las cosas más insignificantes y el precio de los materiales, dándome aires de muy entendido, con lo cual impongo al viejo; pero á Ives y á mí nos da risa cuando nuestras miradas se encuentran.

En un pliego de papel sellado de á doce sueldos escribo dos páginas de cláusulas y condiciones:

«Una casa, labrada de granito; cimentada con

arena de río, blanqueada con cal, el maderamen de castaño; jardín delante, granero con ventana, balcones pintados de verde, etc., etc., todo terminado antes del día 1.º de Mayo del año próximo venidero, y por el precio, fijado de antemano, de 2.950 francos.»

Tengo verdadero cansancio á consecuencia de este trabajo y de esta tensión del espíritu; estoy asombrado de mí mismo, y les veo á todos maravillados de mi previsión y de mi economía. ¡Parece increíble, inaudito, lo que esta buena gente me obliga á hacer!

En fin, el contrato se redacta y se firma. Se bebe sidra, estrechándose todos las manos. Y cántate á Ives propietario en Toulven. María y él parecen muy contentos; no me arrepiento de mi trabajo.

Las dos ancianas se despiden definitivamente; los demás, Periquillo inclusive, que no ha querido acostarse, vienen, disfrutando la hermosura de la noche, para acompañarme, á la luz de la luna, hasta mi posada.

Toulven 1.º de Mayo de 1881.

Ives y yo estamos muy atareados desde la mañana midiendo con una cuerda el terreno que

hay que comprar; el suegro de Ives nos ayuda en esa tarea.

Por el pronto ha sido preciso escoger, y esto nos llevó toda la mañana de ayer. Para Ives era esta cuestión muy seria; se trataba de determinar el emplazamiento de esta casita, donde entreveía, en el fondo de una extraña y melancólica lontananza, su retiro, su vejez, su muerte.

Después de muchas idas y venidas nos hemos decidido por este sitio. Se halla á la entrada de Toulven, en el camino que conduce á Rospor-den, un paraje elevado delante de una plazuela de aldea que hoy está animada por un pueblo de alborotadoras gallinas y de muchachas coloradas. De un lado se verá Toulven y su iglesia, y del otro el inmenso bosque.

Por el pronto, esto no es todavía más que un campo de avena muy verde. Lo hemos medido á conciencia en todas direcciones; según el precio que en este sitio alcanza el metro cuadrado, será necesario gastar 1.490 francos, y además los honorarios del escribano y gastos de escritura.

¡Qué juicioso y qué económico* habrá de ser Ives en lo sucesivo para hacer ahorros con que pagar todo esto! Cuando piensa en esto, se pone serio.

LXXI

A bordo de *La Sèvre*, Mayo de 1881.

Ives, que cumplirá muy pronto treinta años, me suplica que le lleve de tierra un cuaderno no empastado para comenzar á escribir en él sus impresiones, á mi manera; deplora al mismo tiempo no acordarse bien de fechas y de sucesos para *reconstruir* un diario retrospectivo de su vida.

Su inteligencia se abre á una infinidad de ideas nuevas; Ives se *modela* sobremí, es incontestable, y se *complica* tal vez algo más de lo conveniente. Pero nuestra intimidad trae otro resultado que yo estaba muy lejos de esperar; es á saber, que así como Ives se *complica*, yo me *simplifico* á su contacto; él cambia mucho, y yo cambio casi tanto como él.

Brest, Junio de 1881.

Son las seis de la tarde del día de San Juan; Ives y yo volvemos de la romería de Plougas-

tel en la imperial de un ómnibus de campo.

Nuestra *Sèvre* había llegado en Mayo hasta Argel, y sentíamos mejor, por el contraste, el acento particular del país bretón.

Los caballos iban á escape, completamente engalanados con cintas y llevando en la cabeza banderas y ramas verdes. En el interior iban cantando, y arriba, cerca de nosotros, tres marineros ebrios bailaban, el gorro sobre la oreja, flores en los ojales, cintas en todas partes, pitos, y para burlarse de las gentes de vista débil llevaban lentes azules; eran tres jovencillos, de cabeza inteligente y de no mal aire, que corrían su *juerga* de marcha antes de embarcarse para China.

Tres paisanos se hubieran róto el bautismo cien veces; ellos, que habían bebido con exceso, se mantenían firmes, saltaban como cabras, y el ómnibus seguía á todo correr, de derecha á izquierda, en los carriles, guiado por su mayoral, también borracho.

En Plougastel habíamos encontrado el ruido de una feria de aldea: caballitos de madera, una enana, *una gigante*, la familia *Carnero*, que se deshuesa (hace ejercicios de dislocación), y juegos en las tabernas. En otro lado, sobre una pla-

za aislada, rodeada de chozas, instrumentos característicos de la comarca dejan oír un aire rápido y monótono, como el de las gaitas de otros países, aire que pertenece á tiempos ya lejanos; hombres y mujeres, que visten trajes también antiguos, bailan al són de esta música secular; cogidos unos á otros de las manos corren, y corren, y corren como locos en larga fila, de la cual parece haberse apoderarse el frenesí de la carrera. Esto... esto es la Bretaña antigua, dando todavía su nota salvaje á las puertas mismas de Brest, en medio de aquel ruido de feria.

Ives y yo pretendimos sosegar á los marineros borrachos y hacerles sentarse.

Después encontramos risible vernos convertidos en predicadores.

—En realidad, dije, otras cosas hemos hecho nosotros.

—Seguramente, dijo Ives muy convencido.

Nos limitamos, por consiguiente, á tender nuestros brazos entre los montantes de hierro para impedir, al menos, que los borrachos fuesen á tierra.

Los caminos y las veredas están completamente llenos de gentes que regresan de la romería y que se espantan viendo pasar este carruaje de

locos y aquellos tres marineros que bailan encima del coche.

Los esplendores de Junio arrojan sobre todas estas montañas su encanto y su vida; la brisa es dulce y templada bajo el cielo gris; los henos altos, llenos de flores rojas; los árboles, de un verde esmeralda, llenos de brotes.

Los tres marineros continúan cantando y bailando, y á cada copla los del interior entonan un estribillo, que dice:

Se partió con viento largo,
bordeando tornará.

Los cristales del coche vibraban este mismo canto; este aire, siempre el mismo, repetido durante dos horas, es un antiquísimo aire francés, tan viejo y aún joven, de una alegría tan fresca y de tan buena ley, que al cabo de un rato también nosotros cantábamos con ellos.

¡Qué hermosa es, y qué verde y cuán rejuvenecida parecía Bretaña al sol de Junio!

Nosotros, pobres gentes de mar, cuando hallamos la primavera en nuestro camino, gozamos mucho más que otros, en razón á las condiciones de nuestra existencia; *secuestrados* allí en aquellos conventos de planchas metálicas. Ocho años ha-

cía que Ives no había visto su primavera brétona, y ambos habíamos padecido mucho tiempo por los rigores del invierno ó por los de ese estío interminable que resplandece allá, en el inmenso mar azulado, y nos dejábamos embriagar por las vistas del heno verde, por los aromas suaves de las flores, por todos estos encantos de Junio que el lenguaje humano es impotente para pintar.

Aún hay días hermosos en la vida; horas felices de juventud. ¡Al infierno todas las meditaciones melancólicas, todos los sueños tristes de los poetas! Sienta muy bien correr, el pecho contra el viento, en compañía de los más alegres hijos del pueblo. La salud, la juventud; esto es lo único que hay de verdadero en la tierra, con la alegría sencilla y brutal y las canciones de los marineros.

Caminábamos siempre con celeridad, serpenteando sobre el camino en medio de aquellas gentes, entre las gigantescas acacias que forman dos hileras verdes y bajo la espesa bóveda de árboles.

Pronto apareció Brest, con su aspecto solemne, sus grandes fortificaciones de granito, sus muros grises en que brotaban musgos y parietarias. Aquella ciudad triste parecía embriagada al gozar casualmente un verdadero día de vera-

no, una tarde pura y templada; estaba llena de ruidos, de movimiento y de gente: mujeres de cofias blancas y marineros que cantaban alegremente.

LXXII

5 de Julio de 1881.

En el mar.—Regresamos de *La Mancha*. *La Sèvre* camina suavemente entre una bruma espesa, lanzando de minuto en minuto agudos silbidos que resuenan como gritos de desesperación sobre aquel húmedo sudario que nos rodea. Las soledades oscuras se hallan alrededor nuestro; las adivinamos sin verlas. Parece como si arrastrásemos con nosotros larguísimos velos de tinieblas; celebraríamos romperlos; nos sentimos como oprimidos de ir, durante tantas horas, encerrados debajo de aquel velo que se nos antoja inmenso, infinito. Creemos entonces que podríamos andar leguas y leguas en la misma oscuridad, en la misma atmósfera de agua. La ola pasa lenta, blanda, regular, paciente, desesperante. Es como

una espalda gigantesca, lisa y reluciente, que al elevar los hombros nos levantase y después nos dejara caer de repente.

De pronto, en la tarde, aparece un rayo de luz y muy cerca de nosotros se levanta una cosa inesperada, sorprendente, como un fantasma enorme que surgiese del mar.

—*Ar men Du!* (las Piedras Negras), grita el piloto.

El mismo tiempo el velo oscuro que nos rodeaba se desgarró por todas partes. Aparece á nuestra vista Ouessant; sus rocas sombrías, sus escollos se dibujan en cuadros oscuros, azotados por grandes surtidores de blancas espumas, bajo un cielo que pesa como un globo plomizo.

Apenas queda el tiempo necesario para variar el rumbo; pronto, mientras la luz dura, *La Sèvre* dirige la proa hacia Brest; ya no lanza silbidos; se apresura con esperanza de llegar. Pero lentamente los velos caen de nuevo y se cierran como antes: la noche llega, ya no se ve, es necesario mantenerse á la capa.

Así pasan tres días, sin ver absolutamente nada: los ojos están fatigados de velar.

Esta es mi última travesía en *La Sèvre*, que debo abandonar así que regresemos á Brest. Ives,

con sus ideas supersticiosas de bretón, halla algo de extraño en esta bruma que persiste en pleno verano, como para retrasar mi partida.

Esto le parece una advertencia y un mal agüero.

LXXIII

Brest 9 de Julio de 1881.

Acabamos de llegar en este momento; este es mi último día de guardia á bordo: mañana desembarco.

Estamos en este fondo del puerto de Brest, donde *La Sèvre* viene de cuando en cuando á inmovilizarse entre dos murallas. Elevadas construcciones tristes nos abrumán; en rededor nuestro, cientos de rocas primitivas sirven de fortificaciones, de caminos de ronda y forman un pesado andamio de granito que mana por todas partes, y al mismo tiempo, humedad y tristeza. Me sé de memoria todo esto.

Como estamos en Julio, se ven musgos, parie-

tarias y otras plantas brotando de las paredes; es el único indicio del verano en esta ciudad sin sol.

Experimento, á pesar de todo, una especie de regocijo por mi partida... Esta Bretaña me produce siempre una opresión melancólica, y cuando sueño en lo nuevo, en lo desconocido que me espera, pareceme que voy á despertarme y á salir de una noche... ¿Adónde me enviarán! ¿Quién lo sabe! ¿Cómo se nombrará el rincón de la tierra donde habré de aclimatarme mañana! Indudablemente algún país con sol, donde me convertiré en otro *yo*, con sentidos distintos y donde ¡ay! acaso olvidaré las cosas que en otras partes he amado.

La idea de separarme de mi pobre Ives y de Periquillo me causa pena.

¡Pobre Ives! Él, que tantas veces se ha hecho tratar como niño mal criado y antojadizo, me rodea ahora de cuidados, casi pueriles, y no sabe qué hacer para demostrarme su cariño. Esto tiene en Ives tanto más valor, cuanto menos está en su manera de ser ordinaria.

El tiempo que hemos pasado juntos, en una intimidad fraternal de todos los días, de todas las horas, no ha estado exento de borrascas. Ives,

desgraciadamente, sigue mereciendo un poco las notas de indómito y de indisciplinado; algo hemos ganado, sin embargo, y si hubiese yo podido conservarlo á mi lado, creo que hubiera conseguido salvarlo.

Después de la comida subimos al puente para dar nuestro acostumbrado paseo vespertino.

Le digo por última vez:

—Ives, hazme un cigarrillo.

Y comenzamos nuestros cien pasos regulares sobre las planchas de *La Sèvre*. En ellas ambos sabemos de memoria los agujerillos donde se estanca el agua, todos los clavos donde se enganchan los pies, todas las anillas donde se tropezaba.

El cielo está nublado sobre nuestro último paseo; la luna brumosa, el aire húmedo. En las lejanías, hacia el lado de Recouvrance, siempre los eternos cantos de los marineros.

Hablamos de mil cosas. Doy á Ives muchos consejos; él, muy sumiso, responde ofreciendo mucho; ya es muy tarde cuando me deja para ir á dormir en su hamaca.

A las doce del día siguiente: mis maletas medio cerradas y mis visitas sin hacer, me encuentro en la estación con Ives y con los amigos que me

acompañan. Estrecho á todos las manos, creo que hasta les beso, y parto.

Al anochecer llego á Toulven, donde he querido detenerme dos horas para despedirme de la familia de Ives.

¡Qué verde y qué florido es Toulven, esta comarca fresca y umbría, la más hermosa de Bretaña!

Allí se me aguardaba para cortar los cabellos á Periquillo. La idea de que me pudiera ser encomendada esa tarea no me había pasado por la imaginación. Dijéronme que nadie más que yo podía conseguir que se estuviera quieto. La semana anterior habían llamado al barbero de Toulven; pero Periquillo había dado tales gritos y había hecho tantas diabluras, que había sido necesario renunciar á la operación. Procuré, pues, por darles gusto, pelar á mi ahijado, y lo hice sin poder contener mi risa.

Cuando hube terminado, se me antojó guardar uno de aquellos mechoncillos oscuros que yo acababa de cortar, y me lo llevé, asombrándome yo mismo de conceder á esta niñería tanta importancia.

LXXIV

CARTA DE IVES

A bordo de *La Sèvre*, Lisboa 1.º de Agosto de 1881.

Querido hermano: Contesto en el día mismo en que recibo la carta de usted. Escribo á la camarera, y eso que aprovecho la hora del desayuno y estoy en el astillero del palo mayor.

¡Ayer por la tarde hemos entrado en este puerto. Hermano mío, esta vez hemos corrido un mal temporal; hemos perdido los focos y el mástil de popa. Hago á usted sabedor de que en los grandes movimientos del barco mi saco y mi armario se han ido á paseo, así como todos mis efectos; unos cien francos he perdido en todo esto.

Me pregunta usted qué hice del día el domingo de hace dos semanas. Pues, hermano mío, me quedé á bordo y acabé de leer *El capitán*